

«AQUÍ... SE HABLA DE POLÍTICA». LA PARTICIPACIÓN DE LOS AFROPORTEÑOS EN LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE 1874¹

POR

LEA GELER²

CONICET/ IIEGE (UBA)/ GEALA (UBA)/ TEIAA (U. Barcelona)

Los estudios sobre la población afroporteña en el siglo XIX continúan ofreciendo territorios inexplorados debido a la escasa presencia de fuentes documentales disponibles para el análisis. Aquí analizaremos su intervención en las elecciones, momento que, veremos, era de especial importancia para este colectivo. Estudiaremos también las formas de reclutamiento electoral e identificaciones diversas que se desprenden de periódicos afroporteños en las elecciones presidenciales de 1874.

PALABRAS CLAVE: Afroargentinos, Buenos Aires, elecciones, organización política, siglo XIX.

INTRODUCCIÓN

En el año 1874 se llevaron a cabo en Argentina elecciones presidenciales. En esa ocasión la lucha enfrentó a Avellaneda (que se postulaba luego de pactar con Alsina) y a Mitre (quien tras el revés electoral sufrido en esa contienda dirigió una revolución que terminó en el fracaso de La Verde). La forma en que se llevaban a cabo éstas y todas las elecciones en una Argentina acostumbrada a las luchas intestinas ha sido largamente estudiada³. Sin embargo, poco se sabe acerca de quienes efectivamente concurrían a las urnas a votar. La tradición política de la época marcada por el fraude, la compra de votos, el caudillismo y las batallas que se producían tanto en las parroquias como en levantamientos más importantes que incluían a las tropas regulares, implicaba que los votantes fueran buscados y reclutados de modos diversos, hasta hoy un tanto difusos, al igual que los beneficios que éstos obtenían.

En general, nadie parecía estar de acuerdo con este modo de hacer política y sin embargo, todos lo acataban. La movilización de hombres que se requería involucraba, prioritariamente aunque no de forma exclusiva, a quienes pudieran ejercer el derecho a voto, y los hombres afroargentinos estaban incluidos en este grupo. Poco más de diez años antes de aquellas elecciones, en Buenos Aires la esclavitud aún estaba legalmente en vigencia⁴ y sólo con la aceptación de la Constitución y la anexión de la provincia al resto del país en 1861 se había declarado su abolición. Sin embargo, como apunta Quijada, los afrodescendientes habían estado siempre involucrados en el mundo de la política. Su inserción en la ciudadanía amplia que se

¹ Este trabajo fue previamente publicado en la *Revista de Indias*, vol. LXVII, núm. 240, págs. 459-484 del año 2007. A los efectos de la presente re-edición se han realizado algunas modificaciones menores. Una versión ampliada se puede leer en GELER, 2010.

² PIP IU 2011-2013/ HAR2009-07094

³ Ver especialmente Botana y Sábato en la bibliografía de este artículo.

⁴ Realmente no se puede hablar de que existieran esclavizados o esclavizadas ya que era una institución que había caído en desuso —pero que no había sido abolida— y los únicos que podían permanecer en esta condición eran los nacidos antes del 31 de enero de 1813, momento de declararse la Libertad de Vientres.

impuso en el Río de la Plata en las primeras décadas posrevolucionarias se dio, efectivamente, a través del ejercicio del derecho electoral, pudiendo ser elegidos si habían pasado cuatro generaciones de la llegada de los antepasados desde África⁵. La Constitución Nacional de 1853 había establecido que en el país no se aceptarían diferencias ni prerrogativas de ningún tipo entre los ciudadanos de la República Argentina, lo cual fue ratificado en la Constitución de la Provincia de Buenos Aires de 1873. Y si bien ninguna de estas constituciones aludía específicamente quiénes podían ejercer el derecho a voto en el país, dejando un cierto vacío legal al respecto, los afroporteños argentinos accedían a votar sin ningún tipo de restricciones, como ciudadanos argentinos. Por un lado, la ley electoral de 1821 consagraba el sufragio a todos los hombres libres, naturales o vecindados en el país, mayores de 20 años o antes si fueran emancipados⁶. Por el otro, la ley provincial N° 140 de 1857 establecía que el voto era cantado y facultativo, implantando el sistema de lista completa en un país dividido en 15 distritos. Por último, según la Ley de Ciudadanía vigente desde 1869, cualquier hombre, por el hecho de haber nacido en suelo argentino o haberse naturalizado, era considerado ciudadano, por ende la inscripción en el padrón o registro electoral estaba asegurada, no existiendo otro tipo de restricciones, como la de ser alfabeto o la de tener alguna propiedad. Este marco jurídico posibilitaba el acceso de la comunidad afrodescendiente adulta masculina a los comicios. Y su presencia no era desdeñable.

Si bien no existen cifras sobre la población afrodescendiente que habitaba en Buenos Aires en la década de 1870, en la primera mitad del siglo XIX este grupo había sido importantísimo, destacándose con un promedio del 25-30 % de peso poblacional en las mediciones efectuadas desde 1806 a 1838⁷. Sin embargo, el censo municipal porteño de 1887 muestra a esta comunidad con una muy baja proporción: tan sólo el 2% de la población que vivía en Buenos Aires fue censada como «de color». En números absolutos, unas 8.005 personas, 7.099 de las cuales fueron inscriptas como argentinas⁸. Si bien es cierto que la población considerada «blanca» se elevó enormemente en las últimas décadas del siglo XIX debido a la masiva inmigración europea, hay que recalcar que esa inmigración estaba sustentada ideológicamente por élites locales abocadas al supuesto «mejoramiento racial-cultural» de la nación, dejando claro que la inexorable desaparición de la población afrodescendiente no era algo preocupante y que incluso se podía obviar de mencionarla en una medición nacional, poniendo en evidencia el esfuerzo por hacer desaparecer a la población afrodescendiente de los registros⁹. Como el voto era masculino, interesa saber que para el censo municipal de 1887 fueron registrados 2.737 hombres «de color», aunque no se realizó separación por tramos de edad. Botana¹⁰ expone las cifras de votantes para las elecciones presidenciales de 1880, advirtiendo que el número seguramente estaba sobredimensionado debido a los mecanismos fraudulentos de confección de registros: para esa fecha habrían votado en la ciudad de Buenos Aires solamente 6.505 ciudadanos. Pero la necesidad de la población afrodescendiente masculina en los períodos electorales excedía el simple número en votos, ya que se necesitaba además reclutar gente que saliera a luchar de ser necesario. Y la población afroargentina era factible de ser movilizada en ambas instancias, ya que estaba mayormente

⁵ QUIJADA, 2000: 198

⁶ QUIJADA, 2000.

⁷ ANDREWS, 1989.

⁸ *Censo General de Población, Edificación, Comercio é Industrias de la Ciudad de Buenos Aires*, 1889.

⁹ OTERO, 2004. Recordemos que las mediciones censales son elaboradas, practicadas y leídas a partir de principios implícitos y explícitos, como el de la «homogeneidad» de la población, y que durante el siglo XIX fueron una forma eficaz de mostrarse al mundo. Así, los censos y las construcciones estadísticas en general operan sobre la realidad social construyendo criterios de análisis que orientan la interpretación de los resultados legitimando su uso (OTERO, 2004). Por ello, creemos que los números que nos arrojan las mediciones censales decimonónicas, y más especialmente los referidos a la población afroargentina, no deben ser tomados simplemente como «dato numérico» sino como fuente para analizar los criterios y categorías utilizados para llevar a cabo una estrategia de blanqueamiento y homogeneización social.

¹⁰ BOTANA, 2005.

enrolada en los grupos armados y su precaria situación económica llevaba a que los ofrecimientos que se les hiciera —tanto de trabajo como de dinero— fueran de su beneficio.

En este trabajo analizaremos la presencia afroporteña en las elecciones presidenciales de 1874. Aunque no existen registros oficiales específicos que delimiten el grupo que es objeto de nuestro estudio, abordaremos el análisis a través de periódicos publicados en el seno de esta comunidad en los que quedaban reflejados modos de hacer y de pensar con respecto a su participación política y a la lucha facciosa en la que estaba involucrada. Hasta el momento, si bien existen trabajos que enfatizan la importancia de la movilización urbana de votantes, reclutados del humilde mundo del trabajo, «sectores populares, y dentro de sus filas, a la clase de los peones y jornaleros»¹¹ no se han abordado las elecciones desde el punto de vista de quienes votaban, de esa masa movilizada, debido principalmente a la mencionada escasez de fuentes para el análisis. Los objetivos de este trabajo son, entonces, analizar qué tipos de acercamientos se producían en esta comunidad con la institución del voto, qué prácticas de reclutamiento y movilización de votantes se establecían, qué lugar ocupaban las elecciones en el imaginario cotidiano y qué alineamientos identitarios despertaban, en lo que constituye un período clave en la historia de la constitución del estado-nación argentino centralizado y disciplinador. Abordaremos cómo se articulaba esta comunidad ante el requerimiento que se hacía de ella en los períodos electorales principalmente a través del periódico afroporteño *La Igualdad*, publicado entre 1873 y 1874 y utilizaremos también información de los periódicos afroporteños *La Broma* (que se publicó intermitentemente entre 1876 y 1882), *El Unionista* (1877-1878), *La Juventud* (1876-1879) y *La Perla*. De este modo, a continuación presentaremos las principales características de *La Igualdad* y de su rival, *El Artesano*.

1. LA IGUALDAD Y EL ARTESANO, PERIÓDICOS POLÍTICOS Y COMUNITARIOS

La importancia de los periódicos en la sociedad porteña decimonónica se esclarece cada vez más. Siguiendo a Sábato, Botana explica que este «[f]enómeno derivado de la garantía que la Constitución Nacional confería a la libertad de prensa, el diario escrito recogía información cotidiana y entraba de lleno en el juego político. Los diarios se confundían con las facciones, convocaban a los seguidores y enhebraban con ellos la trama asociativa de aquellos embrionarios partidos»¹². En este entramado se insertaba *La Igualdad*, fundada por los periodistas afroporteños Máximo Corvera y Pastor Gutiérrez. Su redacción era anónima y la gran mayoría de sus artículos se firmaban con seudónimos. Aparecido en segunda época en 1873, se conservan números de diciembre de ese año y de los primeros meses de 1874. El último número editado es el 56, del 21 de junio de 1874, cuando el periódico se despedía tras dar por cumplida su misión: la victoria de su candidato, Nicolás Avellaneda. Según testimonios del mismo periódico, la primera época había sido editada justamente para las elecciones nacionales anteriores, las de 1868, en la que había resultado ganador Sarmiento (perteneciente a la misma facción política que Avellaneda). Es decir, *La Igualdad* era un periódico básicamente político, cuya finalidad estaba clara desde la portada hasta la última nota de sus páginas, en su génesis y en su final. Como regla, en la primera plana aparecía la adhesión a la «Candidatura popular para la futura presidencia de la República del Dr. Nicolás Avellaneda», bajo la cual se sucedían noticias con respecto a las manifestaciones, sucesos, actos, mítines, peleas y publicaciones periodísticas relacionadas con la carrera a la presidencia de los candidatos.

La Igualdad, estaba enfrentada a *El Artesano*, periódico de similares características pero que sostenía la candidatura a la presidencia de Mitre y cuyo redactor responsable era el conocido militar y periodista afroargentino Manuel Posadas. Lamentablemente, no se conservan ejemplares de este periódico, lo que nos obliga a caracterizarlo a través de la mirada de su rival.

¹¹ SÁBATO Y PALTÍ, 1990: 404. Chamosa (1995) ha realizado un interesante acercamiento al tema de la participación política afroargentina.

¹² BOTANA, 2005: 21.

Sin embargo, es conveniente aclarar que la mayor parte de los militares afrodescendientes de los que se tiene información eran seguidores de Mitre. Existen varias descripciones de personajes sobresalientes de la comunidad afroporteña como militares, y mayoritariamente mitristas: Casildo Thompson —del que Gesualdo¹³ dice que Mitre lloró ante su sepulcro, Casildo G. Thompson (hijo del anterior), Manuel Posadas —del que Ford¹⁴ indica que también colaboraba con el periódico de Bartolomé Mitre *La Nación* como periodista y el coronel José María Morales, quien accediera a una banca de diputado en 1878¹⁵, después de la Conciliación, y por quien *La Nación* dedicó varias notas en su honor aparecidas en portada al momento de su fallecimiento a finales de siglo. La lealtad de estos hombres era recompensada por las deferencias de Mitre y por los beneficios que de esta relación realmente podían obtener, con lo que podríamos reconocer en él la figura del «caudillo»¹⁶, en una estructura de afiliaciones que analizaremos en los próximos apartados.

Tanto *La Igualdad* como *El Artesano* eran periódicos subvencionados por las facciones¹⁷ a que hacían propaganda, y esta era una de las razones por las que se solían acusar mutuamente, lo que nos muestra —y quedaba reflejado constantemente— que este hecho estaba mal visto. El 20 de diciembre de 1873, el periódico *La Igualdad* publicaba un artículo suelto en el que aseguraba que *El Artesano*, además de otras «gangas», era «asalariado político», y le proponía que se dejara de «hablar de puritanismo». *El Artesano* no se quedaba atrás y también acusaba a los redactores de *La Igualdad* de cobrar por su trabajo periodístico-político. Así, el 26 de abril de 1874, día de las elecciones legislativas, *La Igualdad* respondía a la acusación de los redactores de *El Artesano*:

«Por la plata baila el mono- (...) Desafiamos (...) a todos los que aseguran la firma de algunos de los que han dicho que el director de este periódico... ha recibido en sus manos siquiera DOS REALES en pago de su trabajo»¹⁸.

La Igualdad proponía diversos temas a los descendientes de esclavizados para que se identificaran con el periódico: realizaba crónicas sociales especialmente referidas al carnaval y a las comparsas que allí participaban; se mencionaban tertulias, nuevas composiciones musicales, se publicaban poemas y se relataban sucesos acontecidos en Buenos Aires siempre relacionados con este grupo en particular. De un periódico de cuatro carillas con formato grande, la tercera estaba dedicada a estos menesteres, mientras la cuarta lo hacía casi exclusivamente a la publicidad de diversos tipos de locales y comercios, como casas de fotografía, imprentas, restauraciones de cabellos, desratizaciones, y llamativamente, anuncios de vapores trasatlánticos. Existía ciertamente una competencia acerca del público al que *La Igualdad* y *El Artesano* iban dirigidos: era el lugar de representación de la «gente de color» que se quería detentar lo que llevaba al primero, según sus páginas del número de enero de 1874¹⁹, a diferenciarse del segundo. En esta línea, el 3 de mayo de 1874, se publicaba la siguiente Gacetilla:

«-Han leído ustedes [*El Artesano*]? (...) [D]ecía ... que era el verdadero representante de la clase de color (...) Pues yo creo que ni a los de su casa representan; tanto más a nuestra sociedad tan vasta, donde hay tantos caracteres y condiciones».

¹³ GESUALDO, II/ 5 (Buenos Aires, 1982): 26-49.

¹⁴ FORD, 1899.

¹⁵ FORD, 1899.

¹⁶ Personalismo, control de fuerzas militares, carisma y negociación son parte de las características con que se puede describir la actuación de Mitre en el ámbito electoral.

¹⁷ En este trabajo utilizaremos la palabra «partido» como sinónimo de «facción», ya que en ese momento era una palabra que los periódicos utilizaban para definir a la facción política, características formaciones personalistas que se constituyeron en memoria organizativa de los partidos políticos que les sucedieron en el siglo XX.

¹⁸ Mayúsculas en el original.

¹⁹ Este número de enero lleva por fecha 28 de diciembre de 1873, la misma que el número anterior. El contenido de este número lo hace consecutivo al último editado en 1873, pero no podemos determinar la fecha exacta de su edición. Al no haberse conservado otro número de este mes, simplemente lo denominamos «el número de enero de 1874».

Y en una solicitada en respuesta a una crítica que se hacía desde el periódico mitrista sobre una asociación carnavalesca patrocinada desde *La Igualdad*, se decía:

«*El Artesano* [es un] periódico que se quiere dar el título de representante de la sociedad de color. (...) Si fuera nuestro representante hubiera tenido una palabra de felicitación a las comparsas que recorrieron nuestras calles en la noche del 25».

Suponemos que *El Artesano* también publicaba noticias sociales. De hecho, en el mismo artículo citado se explicaba que *El Artesano* estaba en contra de una asociación carnavalesca promovida desde las páginas de *La Igualdad*²⁰.

En general, la imagen que surge de los votantes porteños desde las líneas de *La Igualdad* coincide con la que se puede leer en los textos de análisis histórico: la masa de población más humilde, los desheredados sociales, los parias, entre los que un grupo importante eran los afrodescendientes. Así lo aceptaba *La Igualdad* en una nota del 3 de mayo de 1874:

«Díganlo sino esos miles de ciudadanos que militan en nuestras filas (...) artesanos pertenecientes en su mayor parte a esa raza desheredada que siempre ha sido el blanco de la intriga y la explotación y considerada como la última de las clases sociales».

Mitristas o avellaneditas, alsinistas o sarmientistas, los afrodescendientes eran un grupo susceptible de ser buscado y movilizado para las elecciones cada vez que se producían. A través de los periódicos que se distribuían en la comunidad se realizaba gran parte de la propaganda política que, como veremos a continuación, lograba crear en la comunidad distintas alineaciones ligadas a la lucha político-facciosa. Esos periódicos circulaban por lo que en un trabajo anterior definimos como «contra esfera pública subalterna»²¹, una esfera pública propia de la comunidad afrodescendiente porteña y que actuaba paralelamente a la esfera pública burguesa porteña definida por Sábato²², aunque existían momentos en que ambas se cruzaban, promoviendo períodos de visibilidad —y de empoderamiento— de este grupo marginalizado. Tal como la definimos, la contra esfera pública subalterna estaba sustentada primordialmente por los periódicos comunitarios (además de por las asociaciones festivas y mutuales, etc.), que hacían correr información y opinión a través del grupo promoviendo así espacios de recreación identitaria. En esos periódicos quedaban reflejados los modos en que se entendían los momentos electorales, tanto desde su representación sublimada como desde lo que realmente ocurría en las parroquias.

2. EL MUNDO ELECTORAL

Veremos en este apartado que existían distintas formas que se implementaban para lograr mayor cantidad de votantes por parte de los partidos/facciones —entre los que se incluían el ofrecimiento de dinero y de trabajo, la movilización para la lucha y ascensos en la carrera militar— que contrastaban con lo que los mismos medios manifestaban sobre el carácter que supuestamente tenían los sufragios en una república representativa.

En general, la representación que se hacía de las elecciones las imbuía de un hábito de sacralidad, en contraposición con las prácticas electorales fraudulentas que se llevaban a cabo²³. Es que «[l]as elecciones eran el mecanismo que ponía en acto el principio de la representación política, origen de toda autoridad»²⁴. Parecía que todos los valores inherentes a las bondades de la ciudadanía, la libertad y la patria se aunaban en estos momentos, en donde ejercer el derecho

²⁰ La participación de la comunidad afrodescendiente porteña en el carnaval era importante simbólicamente y su implicación con los preparativos y la fiesta también, constituyéndose como uno de los momentos más importantes del año.

²¹ GELER, 2006. Chamosa ya habló de una “publicidad” específicamente afroporteña (Chamosa, 1995).

²² SÁBATO, 1998.

²³ BOTANA, 2005. SÁBATO Y LETTIERI, 2003.

²⁴ SÁBATO, 2003: 15

del voto se convertía en una obligación moral. De igual modo que sucedía en los periódicos de los grupos hegemónicos, en *La Igualdad* era constante la publicación de artículos, notas, comunicados, etc., que enaltecían el acto electoral, en pos de los valores republicanos y de la democracia, aunque en muchos casos se avisaba que era una democracia que había que conseguir, ya que no estaba realmente garantizada todavía (y esto era parte de la lucha por ganar la contienda electoral). Así, el 29 de marzo de 1874, bajo el título de «Reflexiones sobre la instrucción», se defendía la educación como forma de «regeneración» ya que:

«El pueblo ignorante aunque sus formas fuesen libres, es esclavo. Los seres sin conciencia de sus obligaciones no podrán jamás constituir ese elemento llamado opinión pública (...) Es una mentira la república si no existe un pueblo que responda y garantice la verdad de su constitución».

En el número de enero de 1874, una colaboración titulada «La sencillez» expresaba que

«la idea republicana es nobleza y sinceridad de sentimientos, por consiguiente, el que profesa estas ideas no puede abrigar en su alma sino patriotismo, enajenación, desinterés y amor por sus semejantes pues de otro modo sólo sería un explotador de ese lema santo, que manda que haya nación, libertad y fraternidad entre todos los hombres. Ahora bien, si el republicanismo es una verdad por qué no lo hacemos práctico...».

Para hacerlo práctico, según *La Igualdad*, había que desterrar el fraude y las prácticas ilegales de las elecciones, de las que acusaban a los rivales. Botana²⁵ muestra cómo el fraude comenzaba desde la gestación misma del padrón electoral (el Registro Cívico) y se continuaba a través de distintos mecanismos ya establecidos hasta la instancia de recuento y legalización de resultados. Podemos observar estos mecanismos fraudulentos a través de las páginas de *La Igualdad* ya que las agresiones que se articulaban desde los periódicos eran abundantes y denunciaban básicamente las (malas) prácticas políticas de los adversarios. El robo, la promoción de desórdenes en el espacio público, la difamación, pero sobre todo, el antirrepublicanismo eran las acusaciones más frecuentes que se hacían desde las columnas de *La Igualdad*, cuyo blanco principal eran *El Artesano* y sus colaboradores pero que se extendían claramente al partido-facción al que representaban. De este modo, *La Igualdad* publicaba de forma continua transcripciones de notas de otros periódicos sobre registros falsos o telegramas apócrifos.

En relación directa con la comunidad afrodescendiente, la primera que nos llama la atención es la acusación publicada el 20 de diciembre de 1873, en la que se relataba cómo figuraban en la lista de afiliados políticos personas que, según la versión de *La Igualdad*, habían sido engañadas para tal fin. Como ejemplo, se citaba el siguiente caso:

«El maestro Julián- (...) Su edad octogenaria lo aleja naturalmente del movimiento activo de las cuestiones electorales. El cuenta ochenta y tantos años, y sin embargo, uno de los partidos en lucha abusando de la amistad lo han hecho aparecer firmando una acta de la instalación de un Club en el que no quería ni podía figurar; por consiguiente, estamos autorizados para declarar que él no pertenece a ningún partido».

En segundo lugar, la compra de votos. Esta práctica muy extendida, aparecía repetidamente reflejada por *La Igualdad*, insistiendo en la diferencia entre lo que debía ser y lo que en realidad era, las utopías y las prácticas, como sigue:

«[H]asta hoy el republicanismo es una quimera entre nosotros. Por eso es esa ambición desmedida de los partidos y de los hombres sin títulos. Por eso se derrama dinero a manos llenas y se hacen promesas de todo género, para ocupar un puesto que el pueblo se los niega, si hubiese patriotismo y abnegación, modestia y sencillez, todo eso desaparecería»²⁶.

La acusación de la compra de electores con «oro» se repetía singularmente, como así también se dejaba explícito que los votantes se sumaban con prácticas de «promesas y dádivas». Así, el 5 de abril de 1874, se podía leer en primera plana:

²⁵ BOTANA, 2005.

²⁶ Número de enero de 1874.

«El oro de los indios no ha servido para corromper nuestra fe y decisión incontrastable. Los telegramas falsos y todas las mentiras habidas y por haber no le han de dar al general la aureola de popularidad que necesita. (...) Un partido que se vale de Baibiene para conquistar algunos pueblos del Norte con algunas promesas y dádivas de oro, es un partido que no conoce el país en que vive (...) Mandar al doctor Muñiz a comprar pueblos o electores (...), es probar hasta la evidencia que los que manejan los trabajos a favor del general no sirven ni para sargentos de policía de campaña».

Y el 3 de mayo de 1874 se publicaba: «Porque si bien es cierto que algunos infelices, por necesidad o por ignorancia venden su conciencia por un puñado de oro, también lo es que la mayor parte apreciando en lo que valen sus derechos de ciudadanos, rechazan con dignidad medios tan infames».

Al parecer, la compra de votos era una práctica que se realizaba tanto de manera colectiva como individual²⁷, comprando pueblos, electores y votos, tanto entre los grupos hegemónicos como entre la plebe urbana. Pero no sólo el oro compraba votos. El ofrecimiento de puestos de trabajo era una de las prácticas más importantes dentro del entramado fraudulento para conseguir votantes. El 10 de mayo de 1874, en el artículo titulado «Grave insulto», *La Igualdad* acusaba a *El Artesano* de mentir cuando aseguraba que un amigo y correligionario ofrecía trabajo en nombre de Alsina:

«Se dice en [el artículo] que hay en nuestra sociedad un individuo completamente beodo que recorre algunas casas donde se despachan bebidas alcohólicas; que en un período álgido de embriaguez ofrece a todos los que encuentra empleos a nombre del Dr. Alsina. (...) Por nuestra parte, lamentamos el que después de haber sido derrotado en todos los terrenos este prójimo venga siempre insultando a todos los que no son vendidos al oro».

La percepción de los redactores afrodescendientes sobre las elecciones era muy certera y conciente de los «vericuetos de la verdad», y enarbolando cínicamente la bandera del fraude realizado solamente por el contrincante denunciaba sin cesar sus abusos.

Una de las prácticas más extendidas y que era fundamental a la hora de ganar las elecciones era la de controlar a los jueces de paz y a los mandos de la Guardia Nacional. Los primeros eran los encargados de llevar adelante el proceso en las parroquias donde se votaba, y los segundos eran los que iban a combatir y a conducir a los hombres a la lucha en caso de producirse revueltas, y sobre este punto también se tenían las cosas claras:

«[Sobre] el candidato para Juez de Paz de una parroquia, los partidos se precipitan, lanzándose á la lucha, poniendo en juego armas legítimas o ilegítimas, con tal de llevar a ese puesto uno de sus filas sin importarles un bledo que el tal sea o no apto para desempeñarlo con perjuicio de todo un vecindario. Lo mismo sucede en el nombramiento de cualquier otro empleado. Hoy se trata de llenar la vacante que hay en el 3er Regimiento por muerte de su comandante, los partidos, como siempre, quieren abarcarlo todo, de aquí resulta la discusión, la lucha»²⁸.

En relación con los jueces de paz la comunidad afrodescendiente no tenía mucho que aportar ya que estos cargos estaban reservados para personas de los grupos hegemónicos. Pero la carrera en las armas sí era una preocupación para el grupo afro, que luchaba denodadamente por conseguir cargos medios, y las elecciones eran momentos en que esto se podía lograr. La presencia afro en las armas es uno de los puntos más estudiados acerca de esta población ya que era uno de los pocos espacios en donde podían lograr cierto reconocimiento social y ascenso socio-económico, aunque la mayoría quedaba —o sentía quedar— fuera de los cargos de oficialidad²⁹. Así que, paralelamente a la disputa por las elecciones —y derivada de ésta— *La Igualdad* y *El Artesano* mantenían una fuerte pelea por el nombramiento a la comandancia del 2º Batallón del 3º Regimiento de la Guardia Nacional (cuyo último comandante, el mitrista

²⁷ Bonaudo denomina esta práctica de cooptación de votantes individualmente en el territorio santafesino como el “voto a peso” (BONAUDO, 2003: 268).

²⁸ «La sencillez», *La Igualdad*, enero de 1874.

²⁹ Aunque Andrews (1989) ha mostrado que esto no era una regla general, más allá de la cantidad efectiva de cargos medios y altos que logaran, en los periódicos se percibe con claridad que sí era sentido como un problema para la comunidad afrodescendiente.

afroargentino Casildo Thompson, acababa de fallecer) y por los cargos que le sucedían. Macías indica que la importancia de La Guardia Nacional era altísima ya que era un cuerpo armado que se constituyó como una institución estratégica utilizada por el estado nacional para imbuir de espíritu republicano a los individuos y que expresaba los valores del patriotismo y de la lealtad a la nación, aunque enrolarse en ella era obligatorio³⁰. Al ser La Guardia Nacional la garante del orden —continúa Macías— y pudiendo legítimamente tomar la defensa del orden político en caso de que este peligrara, se convirtió en un instrumento de maniobras electorales utilizado por las diversas facciones que co-gestaba «redes y vínculos de tipo clientelares»³¹. La lucha por la sucesión en el cargo aparecía en el primero de los periódicos conservados, del 7 de diciembre de 1873. Allí, *La Igualdad* publicaba una «Cuestión del día» en donde expresaba:

«Es necesario pues, que inspirándonos en los recuerdos pasados, evitemos en lo posible que un batallón de guardias nacionales que tantas glorias ha conquistado, sea puesto en manos de sujetos sin méritos, sin dignidad, e incapaces de imprimir en él la moral y disciplina, única base del bien público. Y esto lo conseguiría Guadalupe Viera».

El artículo continuaba detallando los nombres de «varios amigos» que si bien habrían tenido una hoja de servicios intachable, nunca habrían alcanzado ningún puesto de oficialidad en este cuerpo, entre otras cosas por «no adular». Quedaba así expresado el candidato avellanista de *La Igualdad* a la comandancia del 3º Batallón de la Guardia Nacional (la posición política de Guadalupe Viera había sido expresada en el mismo periódico). En contraposición, el candidato de *El Artesano* era el mismísimo Manuel Posadas, su redactor. Este periódico llamaba desertores al Sargento Mayor Viera y al redactor jefe de *La Igualdad*, algo que era respondido con el artículo correspondiente, el día 14 de diciembre de ese año, en donde también se publicaban dos notas más con respecto a este tema. En la primera se le pedía al Gobierno de la Provincia que eligiera a Viera para el cargo por sus merecidos antecedentes; y en la segunda se auguraba que el intento de ascender a Manuel Posadas a la comandancia quedaría en un pedido sin respuesta.

En el poema anónimo publicado el 20 de diciembre del 73, con el título de «La Comandancia», se detallaban irónicamente los supuestos nulos servicios prestados por Posadas en varias actuaciones militares, por ejemplo en la Guerra del Paraguay: «... a los tres meses volvió/en igual grado por cierto», y se describía que, además de Viera, existían muchos candidatos que también serían honorables en el puesto. Una semana más tarde, *La Igualdad* sacaba en primera plana un artículo titulado «Otra vez sobre el mismo tema», en que volvía a cargar contra Posadas, restándole méritos (lo acusaban de evadirse de sus deberes en el frente alegando enfermedad) y que aún así le habían sido concedidos los premios oportunos por la legislatura al mérito y la constancia, lo que para *La Igualdad* significaba una broma y una injusticia.

Cuatro meses más tarde de surgida la contienda sobre la elección del nuevo comandante, la disputa continuaba. El 5 de abril de 1874, se le pedía al gobernador Acosta que tomara por fin la decisión. Sin embargo, el desenlace para *La Igualdad* no fue muy feliz. El 31 de mayo del 74, se anunciaba la muerte de Guadalupe Viera, y también de otro candidato afroargentino a la comandancia futura: Desiderio Martínez. En la nota, se exponía lo siguiente: «Dos futuros comandantes han bajado a la fosa de los mortales. Esto parece realmente que encierra un secreto misterioso, donde sólo las tinieblas de la negra noche, encierra».

No podemos asegurar que los asesinatos fueran parte de las acciones que se llevaban a cabo como estrategia electoral, aunque ciertamente es lo que sugiere el autor de esta nota, P. E. Gutiérrez. Sí podemos indicar que la posibilidad de ascenso en la carrera militar era una de los ofrecimientos más importantes que se hacían a los hombres afrodescendientes, y se puede ver claramente en práctica en el artículo titulado «Tontillo», donde el redactor describe a un correligionario mitrista con el siguiente escenario:

³⁰ MACIAS, 2003.

³¹ MACIAS, 2003: 139. BONAUDO, 2003.

«Tontillo para peor de sus pecados es mitrista, y asegura que lo harán teniente de cierto batallón muy nombrado si es que lo hacen comandante a Carne Cruda o alguno de la cofradía del «Tambor» y que le ha dicho Marcial (otra entidad conocida) que si resultase comandante el susodicho Carne Cruda o algunos de esos inteligentes jóvenes de la sociedad de color, sería teniente 1º de él, y que el Mono del Organito sería capitán, y que Cariapemba sería alférez —en fin, mil castillos en el aire le han pintado al pobre Tontillo, razón poderosa por la cual este se acuesta y se levanta gritando: ¡¡Viva Mitre!! ¡Viva la República!! ¡Viva el Candombero!! y esto es a pesar de haber negado su patria, jurando que él no era porteño y que jamás le haría un servicio a esta»³².

El ascenso a la comandancia del regimiento de la Guardia Nacional de Manuel Posadas conllevaría una serie de ascensos encadenados de distintos miembros de la comunidad afrodescendiente en el cuerpo, siempre que se mantuviera la lealtad al mitrismo, constituyéndose así uno de los mecanismos que consideramos más relevantes para el reclutamiento de votantes. Este reclutamiento se volvía apremiante al acercarse las elecciones, cuando las facciones se aprestaban para la violencia en los clubes políticos o en las parroquias. En estos lugares era imprescindible la presencia afrodescendiente para que los partidofacciones se aseguraran la victoria por la fuerza. La acuciante necesidad de presencia, tanto en las urnas como fuera de ellas, quedaba retratada en los llamamientos a acudir a las mismas efectuados desde *La Igualdad*, frente a las constantes amenazas de los rivales. Si bien la violencia era rechazada desde los escritos, constituía una parte inextricable de la lucha electoral, en la que participaba la población afroargentina reclutada para tal fin. El 12 de abril de 1874, día de las elecciones a electores presidenciales, se publicaba en *La Igualdad* un comunicado del Comité Provincial, dirigido a los correligionarios y firmado por Adolfo Alsina, en donde se exponía lo siguiente:

«El Comité Provincial del Gran Partido Nacional, ha sido informado de que esta noche se piensa llevar á cabo un plan que consiste en atacar á nuestros amigos políticos en los clubs de sus respectivas Parroquias. Se hace pues, indispensable, que todos concurren para resistir la agresión; y para hacer respetar por nuestros adversarios el derecho de reunión pacífica que la Constitución nos garante».

Este comunicado dirigido a los correligionarios nos deja ver también el clima de inestabilidad y violencia que reinaría en Buenos Aires en los momentos electorales. La firma de Alsina al comunicado seguramente lo imbuía de solemnidad y debía sonar casi como un imperativo para los involucrados en los acontecimientos, sin desmerecer la honra que se sentiría por cumplir con la orden directa de quien era uno de los más altos cargos del Partido Autonomista Nacional, momento ideal para hacer valer las lealtades en juego.

En ese mismo número, en «A las urnas todos» se instaba a no faltar, a participar en pos del «ciudadano libre que siente la necesidad de ejercer su derecho» o en el suelto «A las parroquias», en donde se pedía que «[l]os ciudadanos todos, no deben faltar a los comicios a depositar su voto. No tengan temor a las amenazas de muerte. Estén preparados para algún evento». Pero más contundente aún era el suelto que llevaba por título «Amenazas de asesinato». En él se decía:

«Estamos amenazados por nuestros adversarios con el puñal alevoso del ASESINATO!! No importa, estamos prevenidos, el que caiga de nosotros será vengado por alguno de nuestros correligionarios que quedan. (...) Nuestros amigos de causa, como nuestros amigos personales, quedarán encargados de perseguir a los malvados»³³.

El discurso de mantener la calma quedaba vacío de sentido tras esta demostración de fuerza que por un lado brindaba apoyo a quienes irían a pelear —y tal vez a morir— y también servía como forma de amedrentamiento de la facción rival, que como vinimos comprobando

³² «Carne Cruda» era Manuel Posadas, y a *El Artesano* se le llamaba «El Tambor» y «El Candombero». El «Mono del Organito» era un estrecho colaborador de Posadas, que más tarde colaboraría también con el periódico *La Broma*. No tenemos referencias de «Cariapemba» ni del tal «Tontillo» a quien estaba dedicada esta nota. *La Igualdad*, 26 de abril de 1874. Cursivas en el original.

³³ Mayúsculas en el original.

leería el periódico sin falta. La lucha era parte de los códigos del honor³⁴ y densificaba una red de solidaridades y la identificación con la causa.

El 26 de abril de 1874, día de las elecciones para la legislatura, llegado el momento de votar, *La Igualdad* publicaba el artículo editorial «El pueblo está de pie». Allí se definía a los votantes-lectores del periódico:

«Estamos acostumbrados a los combates sin conocer el peligro ni preguntar el número de los enemigos (...) Decimos esto a propósito de la propaganda de algunos diaristas que nos viene, hace tiempo asustando con los fantasmas de la revolución y el asesinato como medio de hacer prevalecer una candidatura (...) Nuestro candidato será presidente (...) [y] ese pueblo que le ha elegido, está de pie con sus armas al hombro esperando la hora de disputar y sostener palmo a palmo sus sacrosantos derechos».

La lucha se mostraba como una forma de defensa de los derechos, una cuestión de patriotismo. El pueblo verdadero se incorporaría a la lucha, aquel pueblo que defendía su Constitución y su sistema republicano. La importancia de la presencia afro en las parroquias quedaba reflejada en la repetición de los llamamientos a las urnas. Es así que ese mismo día se volvía a publicar un artículo con este fin: «¡A las urnas!», donde se convocaba a los lectores «a su puesto».

La movilización de estas personas dispuestas no sólo a votar, sino a manifestarse, mostrarse, amedrentar y a luchar y morir de ser necesario, hacía partícipes a los «desheredados» en el discurso de la República, de la Nación. A diferencia de los inmigrantes, los afrodescendientes podían cumplir con la totalidad de las demandas civiles —manifestarse, votar y participar en la Guardia Nacional, constituyéndose en el ideal de «ciudadano armado» que propone Macías³⁵— y además estaban históricamente atados a alianzas de lealtades y reconocimientos. Y esta diferencia también era percibida por los afroporteños.

3. NOSOTROS, NUESTROS RIVALES Y «LOS OTROS»

Si bien la pobreza y desamparo social de la comunidad afrodescendiente los hacía compartir espacios sociales con los inmigrantes que llegaban cada vez en mayor número y se instalaban en la ciudad, *La Igualdad* dejaba muy claro que los extranjeros eran saco de otro pozo. Este periódico dedicaba varias páginas de varios números a describir a los extranjeros que apoyaban a Mitre de forma peyorativa y descalificatoria. De este modo, en la primera plana del número del 3 de mayo de 1874, se publicaba el artículo «La opinión del extranjero», en donde se explicitaba que los extranjeros y la comunidad afrodescendiente ocupaban el mismo sustrato de pobreza urbana. Aún así, se especificaba que este sector social era poco de fiar ya que su apoyo político siempre estaría dado a quien quisiera subvertir el orden en el país:

«La opinión del elemento extranjero es consecuente con sus antecedentes. Salvo algunas excepciones, hasta los hijos de éstos han renunciado voluntariamente a sus derechos de naturales muchas veces (...) Para nosotros, que vivimos en contacto con ellos, podemos asegurar cuanto vamos a decir. (...) Nuestra ley fundamental ha sido pródiga y con justicia, al dar al extranjero que pisa nuestro suelo, todos los derechos, todas las garantías de que gozan los naturales. Les ha dado más. Les ha inhibido de los deberes que impone a los hijos del país esa misma ley. Sin embargo, ese elemento extranjero que goza de todas las franquicias, que es recibido con los brazos abiertos, que es más protegido que ninguno, se torna inmediatamente de pisar nuestro territorio en un enemigo de las autoridades creadas por esa misma ley (...) ¿Por qué son mitristas hoy y antes no lo eran? (...) [E]l pueblo argentino no debe extrañar que el elemento extranjero esté afiliado en su mayor parte al «partido del oro» (...) De todos modos, la opinión del elemento extranjero no afecta en nada al triunfo de la opinión del país».

³⁴ GAYOL, 2000.

³⁵ MACIAS, 2003.

Estos extranjeros, que no estaban sujetos a la participación obligatoria en las milicias — un proceso que suponía casi una cotidianeidad para la comunidad afrodescendiente— tampoco podían votar. Lo que sí podían hacer era «manifestar» públicamente a favor del candidato de su elección, lo que se entiende por la tesis sostenida por Sábato³⁶ acerca de la importancia de las vías alternativas de presión social en la esfera pública burguesa porteña en construcción que funcionaban paralelamente a las elecciones en sí mismas y en períodos de tiempo no acotados, efectivo mecanismo de control político que confería de legitimidad al poder político conjuntamente con el sufragio en sí. La importancia y la pobreza de los inmigrantes en los mítines políticos quedaban destacadas en el recuento de la gran manifestación mitrista —llevada a cabo en el Teatro Variedades— en *La Igualdad* del 17 de mayo de 1874: «Los extranjeros principiaron a desgranarse hacia el teatro Variedades. No obstante eran los más desocupados. Estaban invitados a la reunión hasta el último verdulero y carbonero». En el mismo número, otro nota relataba: «Dicha manifestación más bien parecía un desembarco de inmigrantes que reunión política, por la variedad de trajes, fisonomías, idiomas y tipos de los concurrentes».

Además de manifestarse, los extranjeros —como los hombres afroporteños— también podían salir a luchar. Este hecho quedaba claramente reflejado en el artículo «Los extranjeros» del 10 de mayo del 74, en donde se respondía al periódico mitrista *La Pampa* que aparentemente arengaba desde sus columnas a los inmigrantes a participar en la contienda armada. Así, *La Igualdad* respondía y dejaba clara su idea de los lugares que debían ocupar los extranjeros en la lucha política nacional:

«*La Pampa*, que es la que ha proclamado la revuelta armada, invitando a que los hospedados en nuestro suelo se revelen contra el gobierno del país, porque el general Mitre no puede ser el Presidente de la República. (...) Ni los extranjeros han de tomar parte en nuestras luchas, ni el general Mitre ha de ser presidente».

Aunque no había en las páginas de *La Igualdad* mención alguna a posibles lectores extranjeros, llaman la atención los mencionados anuncios de vapores transatlánticos, tanto para el traslado de mercaderías como de pasajeros, evidentemente dirigidos a la comunidad europea que leería el periódico. Por otro lado, el grupo afroporteño rival era considerado distinto del de los llamados «extranjeros ilusos». Las páginas de *La Igualdad* estaban abocadas contra *El Artesano* y hacia la comunidad afrodescendiente para convencerla de votar por Avellaneda. No se desprende ninguna intención de unión con el sector mitrista afroporteño: ambos luchaban por conseguir votantes y ambos se arrogaban la representación de la comunidad, una comunidad que gracias a la proximidad de los comicios se acercaba o distanciaba de los grupos sociales con los que departía cotidianamente, creando o deshaciendo alianzas en favor de un partido-facción política. En una nota del 7 de junio de 1874, crítica con Manuel Posadas y su periódico, se recriminaba que al escribir una necrológica sobre un amigo muerto sólo se dirigiera o pensara en la «sociedad de color»:

«Allí dice con la risa en sus labios toscos y amoratados que la sociedad de color ha perdido uno de sus mejores miembros! Y fuera de lo que la vulgaridad llama gente de color no habrá personas amigas, no hay sociedad para esos que se llaman representantes de ella?».

En esa nota, *La Igualdad* defendía la idea de que la sociedad era más amplia que la comunidad afroporteña: era la sociedad argentina la que perdía un amigo. El intento de este periódico por ser el legítimo representante de la comunidad afroporteña no le impedía abrazar la idea de una comunidad entremezclada, incluida en una sociedad mayor que la contuviera y aceptara, diluyendo diferencias gracias a una argentinidad que se reivindicaba. Evidentemente existía una tensión en el periódico entre distintas identificaciones: partidista-facciosa, afrodescendiente, argentina; que se ponían en juego y se resaltaban según las circunstancias. Por lo que se puede leer de él a través de *La Igualdad*, en *El Artesano* sucedía lo mismo. Que los redactores de este último periódico fundaran un club de apoyo a Mitre llamado «Gente de color» y que simultáneamente compartieran ámbito político con los inmigrantes europeos así lo sugeriría. El reconocimiento de los que escribían y leían el periódico como afrodescendientes se

³⁶ SÁBATO, 1998.

reclamaba especialmente ante sucesos discriminatorios, como ocurriera con un artículo publicado en el mencionado periódico mitrista *La Pampa* y respondido desde *La Igualdad* el 29 de marzo de 1874, con el artículo «*La Pampa* y los negros», que describía una manifestación pro-Avellaneda también llevada a cabo en el Teatro Variedades.

«[*La Pampa* asegura] que la reunión más importante que se ha efectuado en Variedades ha sido una merienda de negros (textual). «*La Pampa*» lo ha dicho. (...) El colega debía ser más franco con sus indirectas. Debía decir a qué negros se refiere. Porque no será muy difícil que algo corriera por alguna de aquellas venas que se llaman azules. Merienda de negros, eh?».

La nota continúa preguntándose algo que surge en la mente de todos los lectores: ¿cómo habrían reaccionado los mitristas afroporteños ante esto?: «Muy bien, quedan enterados los acólitos mitristas que sostienen un club que se llama de color. Qué dirán estos señores! ¿Estarán contentos con este tratamiento?». El artículo había hecho estallar la indignación del redactor hasta el punto de sacar a relucir el mestizaje ocultado de la sociedad argentina. Y si la sangre «azul» no era tan «pura», la sangre «negra» tampoco. Había lazos sanguíneos que, simbólicos o reales, eran reivindicados por los afroporteños y unía a la «familia nacional», base de toda construcción del estado nacional como comunidad imaginada³⁷:

«Por eso decimos hoy es un gran día para todos los argentinos de buena voluntad (...), los verdaderos argentinos, los descendientes de Moreno, Rivadavia, San Martín y Belgrano no renuncian su derecho ni venden su conciencia por un puñado de dinero»³⁸.

La idea de familia nacional homogénea buscada desde las élites al promover discursos y políticas específicas de mejoramiento racial-cultural se producía también desde los elementos «heterogeneizantes», asistiendo a un proceso consensuado de identificación común que tenía base en prácticas concretas, y cuyos portavoces eran los redactores de los periódicos. Estas prácticas estaban fundamentalmente ligadas al ámbito político y al involucramiento de toda la sociedad de «ciudadanos» en esta esfera. Desde *La Igualdad* se propugnaba una ascendencia que hacía indudable la pertenencia afro a la comunidad nacional, una presencia negada numéricamente, desaparecida en los discursos y discriminada en las prácticas pero que era necesaria a la hora de votar. El estigma social que pesaba sobre la población descendiente de esclavizados era todavía muy fuerte y la contienda electoral llevaba a los periodistas «de sangre azul» a olvidarse que en sus propias filas militaban hombres de esta comunidad. Sin embargo, esta marcación que podría haber llevado a una reasunción de la grupalidad afroporteña, no consiguió unir a la comunidad. La alineación política llevó a quienes escribían en los periódicos, a refrendar la nacionalidad y el partido-facción como factores a defender (en la misma nota, *La Igualdad* volvía al tema del Variedades, olvidando el insulto y transformándolo en contienda política). Existían sí momentos en que los redactores tomaban la palabra para defender los intereses del grupo afrodescendiente, pero estos personajes podían escapar del destino de olvido del resto de su comunidad ya que vivían a horcajadas entre la sociedad definida como blanca-europea y la sociedad afroporteña. Esos periodistas y militares, representantes de la comunidad afrodescendiente porteña en la esfera pública burguesa en los breves espacios de tiempo en que la comunidad se hacía visible allí³⁹, cumplían un trabajo específico cuando llegaba el tiempo de la política.

4. «PUNTEROS» LOCALES Y REDES CLIENTELARES

³⁷ ANDERSON, 1993, GUY, 1995.

³⁸ *La Igualdad*, 12 de abril de 1874.

³⁹ En un artículo anterior expusimos otro caso de discriminación racial en que los periódicos tomaban la palabra para defender a la comunidad, logrando el éxito de su cruzada cediendo algunos beneficios pero captando la atención del resto de la sociedad (GELER, 2006).

Trazando un recorrido histórico por las formas de entender el “caudillismo” y los “caudillos”, Goldman y Salvatore⁴⁰ explican que en la primera mitad del siglo XIX, y gracias a los pensamientos de Alberdi y Sarmiento, éstos estaban asociados a lo rural y bárbaro. Más tarde, sin embargo, el caudillismo comenzó a entenderse –gracias a Mitre, sobre todo– como “la expresión de sentimientos democrático-igualitarios que, canalizados y controlados por instituciones liberales-republicanas, podían contribuir positivamente a la formación de la nación”⁴¹, algo muy ligado con las ideas de manipulabilidad de los grupos populares, especialmente de los afroporteños⁴². Creemos que estos dos sentidos estaban en circulación en la Buenos Aires de fines del siglo XIX. Como veremos, si bien los afroporteños despreciaban la acción de los caudillos, se veían inmersos en las redes clientelares y reproducían esta trama, que por lo demás presentaba al propio Mitre como uno de sus exponentes principales.

Hemos destacado que quienes se movilizaban para las elecciones podían obtener dinero en metálico, trabajo e importantes oportunidades de ascenso. Y esta movilización se hacía en gran medida a través de la presión ejercida en la contra-esfera pública afroporteña por los periódicos representantes de cada facción. ¿Pero cómo se efectuaba el reclutamiento de estos hombres desposeídos, olvidados en tiempos no electorales por los grupos de las elites locales, para que se presentaran y pusieran en riesgo su vida? Sábato y Palti⁴³ han mostrado que quienes eran subvencionados para que reclutaran efectivamente a nuevos correligionarios eran «capataces/caudillos» relacionados con las fuerzas laborales tercerizadas por el estado. En consonancia con la descripción que nos ofrece Sábato de la organización electoral⁴⁴, nosotros creemos que en este caso, las figuras más importantes eran los que llamaremos «punteros», que trabajaban dentro de la misma comunidad: habitantes de «dos mundos», partícipes de los espacios de integración como los clubes políticos y también insertos en una dinámica comunitaria particular, como la afrodescendiente. Así, los punteros recibirían subvenciones, que incluían sin lugar a dudas a los periódicos.

Los redactores de los periódicos, personajes reconocidos de la comunidad afroporteña, constituían el punto de enganche y de movilización de clientela. Por lo que hemos visto hasta ahora, su forma de actuar era hilar una pequeña red mediante el ofrecimiento y/o la concesión de favores, dinero o puestos de trabajo, que iba involucrando y movilizándolo a su vez a más personas, tratando de convencerlas de votar al candidato de su propaganda. Este entramado social, enhebrado a partir de los punteros, se imbricaba en todos los ámbitos en que discurría la vida de la comunidad afrodescendiente, recayendo en los espacios de sociabilidad más habituales, como los cafés, las fiestas o las «casas de negocios». Encontramos ejemplos de que allí también, aunque estuviera prohibido, se producían discusiones políticas de quienes trataban de reclutar votantes para su facción, o personas para movilizar. El artículo del 12 de enero de 1874 de *La Igualdad*, «El flamante Mirabeau», se quejaba de esta acción por parte de sus adversarios:

«En la calle Esmeralda y Tucumán existe una casa de negocio, la más importante del contorno. Asiste allí gente de todo pelaje... Sin embargo, entre aquella reunión heterogénea... sobresale por su fealdad y ridiculez, un hombrecillo de rostro cobrizo, los pómulos alientes, arrugado el entrecejo, estatura pequeña, índole perversa, de modales y acciones grotescas. Es el prototipo de la hipocresía. Este nuestro sujeto pasa las horas perdidas discutiendo de todo un poco ... Este sujeto, decimos, infringiendo lo que dispone el dueño de casa en un cartelón que dice: AQUÍ NO

⁴⁰ GOLDMAN y SALVATORE, 2005.

⁴¹ GOLDMAN y SALVATORE, 2005: 10.

⁴² GELER, 2007.

⁴³ SÁBATO y PALTÍ, 1990.

⁴⁴ «Los protagonistas de todas estas lides eran, sin duda, fuerzas movilizadas colectivamente, organizadas tanto para votar como para participar de la otra cara de la lucha electoral, la de la violencia. Formaban una tropa que también tenía sus dirigentes, caudillos y caudillejos que a su vez actuaban bajo el signo de algún dirigente político mayor. Junto a ellos, compartiendo el comando, jóvenes políticos, muchos de ellos pertenecientes a las familias distinguidas de Buenos Aires» (SÁBATO, 1998: 89).

SE HABLA DE POLÍTICA, todos los días con algunos extranjeros, de nacionalidad oriental, se ocupan de nuestra situación (...) poniendo sus elementos al servicio del Partido Nacional»⁴⁵.

Parte de la estrategia electoral parecía ser llevar la discusión política hasta los niveles más atomizados de la sociedad, para promover la identificación partidaria y el involucramiento con la lucha facciosa-partidista en clave de ejercitación de derechos civiles otorgados por la Constitución. La discusión política se entendía —o se quería hacer entender— como algo personal, como lo mostraba *La Igualdad* del número de enero de 1874, cuando decía que «La discusión política en momentos como los presentes, cuando afecta esencialmente su carácter electoral y por lo tanto más o menos personal, es para nosotros una necesidad».

La pelea política se colaba en todas las situaciones sociales, e implicaba a las familias e incluía la actuación —o no— de la autoridad, según sus propios intereses políticos:

«Escándalo. Días pasados tuvo lugar uno en la casa de un amigo muy conocido de nuestra sociedad. La cosa hubiera tenido peor resultado, a no haber mediado el dueño de ella. Esto tenía lugar durante una pequeña diversión. Entre los concurrentes había de los dos partidos que han existido en Buenos Aires, es decir, Alsinistas y Mitristas. Uno de estos últimos daba vivas al general Mitre y quería que todos [le] festejaran... El hecho es que fue puesto uno de los alsinistas en la calle, y otros estropearon hábilmente al que quedaba adentro. Y allí había un representante de la autoridad. Esto es digno de mencionarse»⁴⁶.

Las tertulias sociales, los negocios, los cafés; la discusión política se filtraba por todos los resquicios tratando de movilizar posibles votantes a través de agentes que actuando solos o en grupos, vitoreaban, hacían propaganda, ofrecían, denostaban a los enemigos y provocaban peleas, haciendo surgir posicionamientos incluso no buscados. Ofrecer trabajo, dinero o reputación les repercutía a los punteros en una red de nuevos acólitos que a su vez se proponían conseguir nuevos seguidores. El caudillo —nosotros utilizamos la palabra caudillo solamente para definir al personaje de jerarquía más alta (Mitre por ejemplo)— sólo tendría contacto directo y esporádico con algunos de quienes estamos denominando «punteros », que serían los personajes encargados de llevar a cabo el reclutamiento y los pagos en la sociedad afrodescendiente. Existía una estructura intermedia en lugares de sociabilidad específica, como los clubes políticos, que permitían que se produjeran contactos entre los punteros, los personajes de rango medio y ocasionalmente (y sólo constatado para el caso de los militares) con el caudillo. Así como el desarrollo del asociacionismo era una de las pautas de sociabilidad más extendidas y aceptadas por el estado como parte de la regeneración y civilización republicana de la nación⁴⁷, en el ámbito político-electoral era el club-partido, la facción, el espacio reconocido de esa identificación, que además resultaba en beneficios individuales para los implicados:

«El partido es la opinión nata de cada ciudadano, porque es el verdadero punto recto de la conciencia individual (...) Un partido puede ser de miras políticas o sociales, reservándose su derecho porque de un centro de opiniones es de donde nace el verdadero movimiento continuo de la humanidad toda. Todas las sociedades modernas tienen un móvil, y ese móvil es un principio, es una idea, es un partido, y ese partido está encarnado en la conciencia de aquellos que forman parte de ese centro, sea cual sea el objeto en su vida»⁴⁸.

De este modo, el ámbito espacial en donde la red comenzaba a tejerse eran los clubes políticos y se extendía luego al resto de los ámbitos de la sociabilidad para llegar incluso dentro de los hogares. Algunos afrodescendientes escogidos se convertían en punteros e imbricaban posteriormente al resto de los posibles votantes en el tejido de la participación política de un pueblo sobre el que se decía descansaba el poder soberano. Y esto llevaría, creemos, a un importante desarrollo de la concienciación política a todos los niveles de la sociedad.

⁴⁵ Mayúsculas en el original.

⁴⁶ *La Igualdad*, 7 de junio de 1874.

⁴⁷ GONZÁLEZ BERNALDO DE QUIRÓS, 2001. SÁBATO, 2002. Chamosa (1995) señala el importante papel de las asociaciones pertenecientes a la comunidad en el juego político del grupo.

⁴⁸ «El Partido», *La Igualdad*, 3 de mayo de 1874.

5. UN DISCURSO CRÍTICO

Quisiéramos señalar, por último, que esta forma de movilización de votantes era entendida por los afroporteños como algo indigno, algo a ser cambiado para lograr vivir en libertad. Esto se puede apreciar en los periódicos de la comunidad de los años venideros, que criticaban severamente las conductas clientelares y no indultaban a los seguidores, sino que exigían de ellos que «despertasen». Estos periódicos posteriores —que se declaraban políticamente independientes— contrarios a las formas caudillistas, denunciaban básicamente que luego del requerimiento que se hacía de los hombres afrodescendientes estos eran olvidados y despreciados:

«Somos ciudadanos, nos agasajan, nos tratan de igual á igual, mientras necesitan de nuestro voto, para escalar el poder, y una vez en él nos desprecian y hasta nos niegan nuestros derechos de hombres libres; pues si un negro va á entablar una demanda ante una autoridad cualquiera, contra un blanco, teniendo la razón de su parte, no le hacen caso, y lo primero que dicen: es un negro»⁴⁹.

En 1878 y trazando en varias de sus editoriales una historia de la prensa afrodescendiente, *La Broma* describía la actuación de *La Igualdad* y de *El Artesano* como sigue:

«[P]or el año de 1873 —en aquella fecha o mejor dicho, a principio de aquel, apareció «*El Artesano*» y meses después «*La Igualdad*» (...) Aquellos semanarios, más órganos de partidos q' de los intereses de nuestra comunidad, se hallaban opuestamente divididos y cada uno pedía para su santo, como vulgarmente se dice; el objeto de sus redactores era hacer propaganda a favor del candidato de sus aspiraciones, y nada más que esto; la santa invocación de «a nuestros hermanos» sólo servía para inducirles a que los acompañasen en su tarea política, aconsejándoles que asistiesen a los Clubs, a las Manifestaciones, a los atrios, etc...»⁵⁰.

El Unionista, por su parte, decía luego de las elecciones a Gobernador de Buenos Aires, el 9 de diciembre de 1877:

«¿Qué pueblo educado es ese dirán los que nos observan que es necesario encerrar a sus ciudadanos desde ocho días antes de practicarse la elección y llevarlos ese día de la mano para que no deserten el cumplimiento de su deber? (...) Esos hombres son víctimas de su propia ignorancia, no van a las urnas a llenar sus deberes de ciudadanos sino a cumplir el compromiso con el traficante a quien han vendido su conciencia a peso de oro».

Y *La Juventud*, el 20 de junio de 1878, describía la actuación de Casildo G. Thompson del siguiente modo «Thompson (...) transige con los caudillos, pero no con sus hermanos».

El poder del puntero quedaba plasmado con crueldad y también la reprobación de los redactores ante las prácticas clientelares y fraudulentas. La crítica a la manipulación electoral era clara y pretendía despertar en los lectores un sentido político crítico e individual, como parte de la «regeneración» buscada explícitamente desde los periódicos. Los caudillos también salían mal parados de la evaluación de los periodistas afroporteños:

«... cuando sepamos conocer los hombres y nuestras necesidades; entonces sí, será llegado el momento de concurrir a los comicios a dar nuestro voto por el que nos indique nuestra conciencia y creamos que mejor responda a las exigencias públicas, y no por el que nos obligue tal o cual caudillo»⁵¹.

«Cayeron los tiranos y en cambio tenemos los caudillos que hacen brotar (...) las guerras fratricidas donde miserablemente sucumbe el honrado jornalero (...) [N]ecesitamos rehabilitarnos de ese pasado (...) Hay que levantar sobre la opresión de los mismos la libertad de pensar, aureola sublime con que se deberá adornar todo hombre independiente (...)»⁵².

⁴⁹ Editorial de *La Broma*, 21 de julio de 1880.

⁵⁰ *La Broma*, 17 de octubre de 1878.

⁵¹ *El Unionista*, 9 de diciembre de 1877.

⁵² *La Juventud*, 20 de enero de 1878.

Hay que señalar, sin embargo, que algunos de los que escribían en estos periódicos posteriores a *La Igualdad* o a *El Artesano* habían formado parte de las lides políticas del '74 —y volverían a ellas en las elecciones de 1880—, como punteros o como partes de la red de movilización clientelar⁵³. La tensión que se muestra entre el independentismo político pregonado por estos periodistas y su implicación posterior en las luchas facciosas no parece tan paradójica si nos posicionamos en un contexto de pobreza y marginalidad, del desprecio que la «sociedad bien» no se cansaba de practicar contra los afroporteños. Creemos que si el grueso de los hombres afrodescendientes votaba por tal o cual candidato, lo hacía debido a esta intensa red de intercambio de bienes y/o servicios que se tejía desde abajo, pero que bien podía no significar un reconocimiento identitario ni personal con el candidato-caudillo (aunque esto era lo que se intentaba despertar desde periódicos como *La Igualdad*), bien creaba ligazones que por sucesos posteriores podían romperse, incluso entre los punteros⁵⁴. Tal vez las promesas de los caudillos no se cumplieran o llegaran tan sólo a los niveles más altos de la red, provocando desidia e indiferencia posterior y la crítica con la forma de hacer política del momento, pero promoviendo asimismo el desarrollo en la comunidad afrodescendiente de un discurso político crítico y de alineaciones personales ligadas con la identificación en ese ámbito. La práctica política, de este modo, habría sido uno de los mecanismos más importantes de imbricación en el tejido e imaginario social de los heterogéneos grupos que iban construyendo la nación homogénea. No extrañaría reconocer a algunos de estos desengañados algunas décadas más tarde en las filas de la rebelde Unión Cívica Radical, como es el caso del famoso payador Gabino Ezeiza⁵⁵, uno de los redactores de *La Juventud*. Tampoco hay que olvidar que la economía comenzaba a crecer, y que al igual que el resto de la población porteña, los hombres afrodescendientes tenían grandes oportunidades de movilidad social en su futuro como para dejar que se siguiera usufructuando de su voz, por lo menos en materia político-electoral.

Pero en 1874, las elecciones abrían para los afroporteños una brecha excepcional de reinscripción en la sociedad argentina, un momento para poner en práctica los derechos otorgados por la Constitución, una forma de ascenso social en la carrera militar o de conseguir trabajo y dinero, y un momento de reunificación identitaria como argentinos y tal vez como afrodescendientes, haciéndose requeridos y visibles. También, y fundamentalmente, introducían a este grupo en la lucha facciosa —en la práctica política— despertando conciencia crítica e identificaciones encontradas, que posiblemente se desarrollarían más tarde en adhesiones políticas diversas. Cuando el régimen electoral argentino se encaminaba hacia el cambio definitivo que se produciría unas décadas más tarde, los afroporteños eran un apoyo indispensable para las distintas facciones en juego, parte imprescindible de la fuerza electoral sobre la que se apoyaba el sistema.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

ANDERSON, Benedict, *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE, 1993.

ANDREWS, George Reid, *Los afroargentinos de Buenos Aires*, Buenos Aires, De La Flor, 1989.

BONAUDO, Marta, “Las elites Santafesinas entre el control y las garantías: el espacio de la jefatura política”, Hilda Sábato y Alberto Lettieri (comp.), *La vida política en la Argentina del Siglo XIX. Armas, votos y voces*, Buenos Aires, FCE, 2003: 259-276.

⁵³ Ver GELER, 2010.

⁵⁴ Aunque en el caso de los mitristas perduran los relatos de la fidelidad al caudillo, por lo menos de los punteros.

⁵⁵ ESTRADA, 1979.

- BOTANA, Natalio, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Debolsillo, 2005.
- Censo General de Población, Edificación, Comercio é Industrias de la Ciudad de Buenos Aires*. Tomo II, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1889.
- CHAMOSA, Óscar, *Asociaciones africanas de Buenos Aires, 1823-1880. Introducción a la sociabilidad de una comunidad marginada*. Tesis de Licenciatura en Historia. Universidad Nacional de Luján, 1995.
- ESTRADA, Marcos de, *Argentinos de origen africano*, Buenos Aires, EUDEBA, 1979. FORD, Jorge Miguel, *Beneméritos de mi estirpe*, La Plata, Tipografía de la Escuela de Artes y Oficios, 1899.
- GAYOL, Sandra, *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, honor y cafés. 1862-1910*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2000.
- GELER, Lea, *Andares negros, caminos blancos. Afroporteños, Estado y Nación Argentina a fines del siglo XIX*, Rosario, Prohistoria/TEIAA, 2010.
- GELER, Lea, «“¡Pobres negros!”». Algunos apuntes sobre la desaparición de los negros argentinos», Pilar García Jordán (ed.), *Estado, Región y Poder Local en América Latina, siglos XIX-XX. Algunas miradas sobre el estado, el poder y la participación política*, Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2007: 115-153.
- GELER, Lea, «La sociedad «de color» se pone de pie. Resistencia, visibilidad y esfera pública en la comunidad afrodescendiente de Buenos Aires, 1880», Gabriela Dalla Corte; Pilar García Jordán et al. (coord), *Homogeneidad, diferencia y exclusión en América Latina*, Barcelona, Publicacions de la Universitat de Barcelona, 2006: 141-153.
- GESUALDO, Vicente, «Los negros en Buenos Aires y el interior», *Historia*, II/ 5 (Buenos Aires, 1982): 26-49.
- GOLDMAN, Noemí y SALVATORE, Ricardo, «Introducción», Noemí Goldman y Ricardo Salvatore (comps.), *Caudillismos Rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires, EUDEBA, 2005: 7-29.
- GONZÁLEZ BERNALDO DE QUIRÓS, Pilar, *Civilidad y política en los orígenes de la Nación Argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, Buenos Aires, FCE, 2001.
- GUY, Donna, *Sex and Danger in Buenos Aires. Prostitution, Family and Nation in Argentina*, Lincoln y Londres, University of Nebraska Press, 1995.
- MACÍAS, Flavia Julieta, «Ciudadanía armada, identidad nacional y Estado provincial. Tucumán, 1854-1870», Hilda Sábato y Alberto Lettieri (comp.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, Buenos Aires, FCE, 2003: 137-151.
- MORRONE, Francisco, *Los negros en el Ejército: declinación demográfica y disolución*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1995.
- OTERO, Hernán, «Crítica de la razón estadística. Ensayo de formalización teórico metodológica del paradigma censal de la Argentina moderna», Hernán Otero (dir.), *El mosaico argentino. Modelos y representaciones del espacio y de la población, siglos XIX-XX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004: 299-329.
- QUIJADA, Mónica, «Imaginando la homogeneidad: la alquimia de la tierra», Mónica Quijada; Carmen Bernand y Arnd Schneider, *Homogeneidad y nación con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000: 179-217.
- SÁBATO, Hilda y LETTIERI, Alberto (comp.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, Buenos Aires, FCE, 2003.
- SÁBATO, Hilda y PALTÍ, Elías, «¿Quién votaba en Buenos Aires?: Práctica y teoría del sufragio, 1850-1880», *Desarrollo Económico*, 30/ 119 (Buenos Aires, 1990): 395-424.

SÁBATO, Hilda, «Estado y sociedad civil. 1860-1920», Roberto Di Stefano, Hilda Sabato, Luis Alberto Romero y José Luis Moreno, *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina, 1776-1990*, Buenos Aires, Edilab Editora, 2002: 99-167.

SÁBATO, Hilda, «Introducción. La vida política argentina: miradas históricas sobre el siglo XIX», Hilda Sabato y Alberto Lettieri (comp.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, Buenos Aires, FCE, 2003: 9-22.

SÁBATO, Hilda, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

Segundo Censo de la República Argentina. Tomo II, Buenos Aires, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, 1898.

The lack of primary sources makes it still easy to find unexplored territories when referring to the afro descendants of Buenos Aires in the XIXth century. Here we will analyze their intervention in the presidential elections in 1874. We will see, through the analysis of the newspapers that this community used to edit, the importance of these political moments, the organization they sewed for these times and the different ways in which they were seduced and recruited.

KEY WORDS: Afro argentines, Buenos Aires, elections, political organization, XIXth. century.